

Los libros en Europa

Bibliografía y antología de las vanguardias literarias en España, Harald Wentzlaff-Eggebert, *Vervuert-Iberoamericana*, Frankfurt, 1999, 665 pp.

La presente *Bibliografía de la Vanguardias Literarias en España* es sólo un segmento parcial de un amplio proyecto de edición que dirigen Merlin H. Foster (Bringham Young University, EEUU), K. David Jackson (Yale University, EEUU) y el propio profesor Wentzlaff-Eggebert, y que consta de nueve volúmenes que estudian el conjunto del mundo ibérico. Además del presente tomo ya han salido al mercado el dedicado a Brasil y el que trata de Bolivia, Ecuador y Perú.

En un futuro inmediato aparecerán los seis restantes que se distribuirán así: tres para Cataluña, Portugal, Chile; otro más ya en curso de publicación por Dieter Reichardt sobre Argentina, Paraguay y Chile, un quinto para México junto con la América Central, que actualmente realiza Merlin H. Foster, y por último el que incluirá Cuba, Puerto Rico, la República Dominicana y Venezuela.

La panoplia de índices que se nos brinda es muy amplia y está ordena-

da conforme a las edades de la vanguardia: ultraísmo, creacionismo y otros ismos; surrealismo y postismo. El primer bloque lo constituyen los estudios de conjunto relativos a la generalidad del fenómeno, poesía, narrativa y teatro. Luego siguen dos capítulos dedicados a los manifiestos, en secuencia cronológica, y a las revistas, que se estudian como entidad independiente y se ordenan alfabéticamente; y por fin viene el más extenso, que es el de autores, a su vez cuidadosamente estructurado en torno a dos epígrafes complementarios. El de textos, dividido en obras sueltas y obras escogidas o completas, y el de crítica, donde se distinguen tres categorías: bibliografías, libros y artículos.

Cuando se trata de autores conocidos, como Cernuda, García Lorca, Alberti o Max Aub, la primera impresión que recibe el lector es que quizá se insiste demasiado en lo ya conocido, pero una lectura más atenta nos presenta a Rosa Chacel, Bacarisse, Larrea, Díez Canedo, Isaac del Vando Villar, etc., y cuando se llega a Juan Ismael, Enrique Osorio y a Francisco Valdés se da uno cuenta de que las casi 3.500 fichas bibliográficas son resultado de una selección y una investigación de calidad.

La sección denominada *antología crítica* recoge las aportaciones de filólogos e historiadores con posiciones tan diversas y especializadas como las de Agustín Sánchez Vidal, César Nicolás, Dámaso Alonso, Juan Manuel Díaz de Guereñu, Anthony L. Geist, Francisco Javier Díez de Revenga, Lucie Personneaux, Ángel Pariente, José Manuel del Pino, Ricardo de la Fuente, Carlos Jerez-Farrán, Ángeles Villalba García, Eugenio Carmona, Cyril Brian Morris, Antonio Jiménez Millán y Rafael de Cózar.

A la vista de tanto empeño clasificatorio y erudito se podría pensar que nos encontramos ante una mera disección anatómica del cadáver del vanguardismo, pero en realidad no es así. La lectura de la introducción nos coloca en una orientación muy distinta. La batería de interrogantes a los lectores que nos dispara Wentzlaff-Eggebert en las páginas preliminares, su manifiesto en diez puntos, impresos ambos en tipografía netamente vanguardista, las señas de identidad del libro y los cinco prefacios –no cunda el pánico, que son muy breves y concisos– demuestran que en los mejores historiadores aún bulle inquieto el espíritu que transformó la sensibilidad estética del mundo entre 1910 y 1945.

Luis Estepa

Escritos de arte, J.W.Goethe, traducción, edición y notas de Miguel Salmerrón, Madrid, Síntesis, 1999, 334 pp.

Goethe (1749-1832) es uno de los autores claves para la comprensión de la Ilustración y del romanticismo. Cubre, por tanto, una importante laguna para el lector de habla española la aproximación a su estética y teoría del arte que permite la amplia antología que presentamos. La organización del volumen respecta las tres épocas que suelen distinguirse en su producción: la próxima al *Sturm und Drang*, la posterior al viaje a Italia o clásica, y el periodo tardío correspondiente a la vejez.

En su juventud Goethe aspira a superar los conocimientos normativos propios del buen gusto mediante una apelación a la autenticidad, lo cual requiere admitir que las formas de alcanzar la totalidad de la obra de arte pueden ser muy diversas. Comienza a revelarse posible la apelación a la obra de arte eterna con la exigencia de visitar las obras en sucesivas ocasiones para intentar captar la emanación de significado que en ellas se contiene.

A partir del periodo clásico los escritos estéticos de Goethe se caracterizan por su voluntad de claridad conceptual. Quizás el tema central sea la relación entre arte y naturaleza. Un abismo, a su juicio en la medida en que la naturaleza ofrece la materia prima que el artis-

ta puede elaborar de distintos modos. Cada una de estas aproximaciones supone ambiciones distintas que limitan el talante y el tipo de seres a los que el artista podrá acceder. Puede, en primer lugar, ceñirse a imitar con veracidad la naturaleza. En un segundo paso, el artista que practica la *maniera* alcanza su propio lenguaje y para conseguir el todo de su obra habrá de sacrificar ciertas apariencias superficiales. Por último, sólo el artista capaz de profundizar en la esencia de las cosas será capaz de imitar formas características. Es decir sólo él captará de qué forma proceden los entes naturales permitiendo que de sus partes brote la totalidad. En este último caso, el proceder artístico es concebido en un doble momento. Requiere, primero, penetrar tanto en la propia alma como en la naturaleza. Permite, a continuación, competir con la naturaleza intentando producir algo al tiempo natural y sobrenatural, espiritual y orgánico.

Estas concepciones posibilitan que en Goethe aparezcan criterios para formular juicios artísticos. No cabe hablar, por ejemplo, de arte sin idealidad. Intelectualidad y sensibilidad han de complementarse. Las artes plásticas deben, además, privilegiar la visión mientras que alentar los transportes imaginativos –como en las alegorías de Füssli– resulta de una lamentable confusión con los medios de la poesía. Como

resultado de planteamientos de este tipo no cabe sorprenderse cuando Goethe ofrece al artista la sabiduría del intelectual para que ésta sea puesta en práctica. Un planteamiento, pues, sugerente para el problema de la crítica.

Rafael García Alonso

El mundo de Parménides. Ensayos sobre la Ilustración presocrática, Karl Popper, compilación de Arne Petersen y Jorgen Mejer; traducción de Carlos Solís, Paidós, Barcelona, 1999, 429 pp.

El interés de Popper por el mundo presocrático se acredita en esta miscelánea, que reúne trabajos de sus últimos cuarenta años y, en parte, excede el tema propuesto (por ejemplo: Platón y la geometría, la noción del yo en Homero).

Popper tiene sus favoritos, que son Jenófanes y Parménides. El primero es el fundador de la epistemología; el segundo, el primer teórico, el creador de una teoría deductiva y una metodología. Sus ecos resuenan en Kepler, en Boltzmann, en Maxwell. Más que los primeros filósofos de la historia, los primeros críticos de la mitología (Tales de Mileto y Anaximandro), le importan aquéllos, con su beneficio de inventario: porque plantean el problema de la verdad en términos de dialéctica y escepticismo, y sirven a Popper